

EL PARTIDO

Autor: Paperback writer

Había renunciado a vivir aquella Eurocopa con mis amigos para poder estar con mi madre. Nos hacía compañía una tremenda bombona de oxígeno, asentada en el centro del salón. Junto a las mecedoras reposaba una mochila que acogía a la hermana pequeña de la *megabombona*, que se había convertido en una imprescindible compañera de mamá desde el invierno, cuando empezó a tener problemas para caminar apenas una decena de pasos sin notar la falta de aire.

Encendimos la tele que habíamos comprado apenas un mes antes; era la primera panorámica que teníamos -formato 16:9- y aquello nos parecía inmenso. Subimos la persiana, abrimos la ventana para que entrara la vida del verano y preparamos un bol de palomitas. En ese momento, no había nada que nos hiciera sentir mejor. Habíamos repetido el ritual durante toda la competición y habíamos vivido, con cierta distancia emocional, la misma evolución que el resto de españoles. Eufóricos tras Rusia, optimistas tras Suecia y expectantes después de Grecia. Incrédulos tras la victoria por penaltis sobre Italia y superados por la perfección ante Rusia. Cierta expectación se había apoderado de nosotros ante la final contra una Alemania que, por entonces, era un auténtico ogro futbolístico para este país.

Así que ahí estábamos, madre e hijo, en nuestras mecedoras y frente a la pantalla como once millones de españolitos más. Mi hermana, a la que jamás le ha gustado el fútbol, venía de camino desde Ávila. Quería ver aquel partido aún sin entender nada; simplemente quería estar con nosotros. Comenzado el encuentro, nos llamó para decirnos que el coche se le había averiado a mitad de camino y que llegaría tarde. La selección española no iba a esperarla. En el minuto 33 de aquel 29 de junio, un atlético de físico muniqués iba a robarle la cartera a un alemán de apenas 1,70. Gritamos el gol de Fernando Torres con todas las ganas que la vida nos había robado en el último año. Durante unos segundos, tomamos una verdadera actitud de hooligans, quizá más contra el destino, amparados en el calor del hogar, que por causas realmente deportivas.

Mentiría si dijera que el partido fue trepidante. Ni siquiera tuvo un final agónico. El dominio de España resultó abrumador. Al repaso futbolístico a los alemanes sólo le faltó una mayor contundencia en el marcador, lo que mantuvo cierta tensión en la afición hasta el final del partido. Cuando el árbitro pitó, la Eurocopa había finalizado. El tornado futbolístico que llevaba unas semanas asolándonos respiraba por última vez, con lo bueno y lo malo que eso tenía. Para un español futbolero, de vocación pesimista, vivir el primer gran título de la selección debía ser un golpe a nuestro fatalismo histórico. Una mirada desafiante a los poderes fácticos. Una borrachera de primera.

Apenas treinta segundos después del pitido final, me sorprendí a mí mismo reflexionando sobre la frialdad de mi reacción. Al terminar el partido, la expectación latente durante toda la competición, acompañando el día a día como un latido constante, se había convertido en una pequeña y efervescente llama. Una agradable sensación del deber cumplido que apenas había durado un instante. Volviendo a reposar sobre la mecedora, consulté el móvil para ver cuándo llegaría mi hermana, aún en la carretera. El ruido de celebración en la calle me llevó a girar la cabeza hacia la ventana. Sin embargo, mi mirada se detuvo en la mesa del salón. Estaba cubierta por multitud de pañuelos usados, platos sucios, latas estrujadas y una caja de pastillas. De repente, percibí muchos finales en aquella mesa, sensaciones ya agradecidas. Era una especie de cuadro del pasado en el que sólo un elemento se mantenía con vida. Únicamente un objeto del bodega tenía aún utilidad física en esa mesa. Aquella caja abierta de pastillas de la que sobresalía el blíster, que parecía esperar su momento sabedor de la calma tras la tormenta. Aquel puto Xeloda.

Tras un instante con la mirada fija en las pastillas, suspiré y empecé a llorar. No eran lágrimas de desconsuelo ni de hartazgo. Ni siquiera de tristeza. Eran lágrimas de tensión y de miedo. Brotaban como la sangre en las heridas, como el agua de los ríos siguiendo su curso natural. Mi madre me preguntó:

- Hijo, ¿desde cuándo eres tú tan patriota?

No pude responder, abrumado por la situación. Ella siguió:

- Bueno...está bien que sientas tanto tu país.

Solté una pequeña carcajada y me abracé con ella más fuerte que nunca. Volvimos a gritar, contentos esta vez, cuando Casillas levantó la copa veinte minutos más tarde. Mi hermana ya había llegado y veía la tele de pie, que es la forma de ver la televisión cuando ha pasado algo muy importante. Mi madre le repitió en varias ocasiones que yo había llorado, pero sin darle un tono emotivo; simplemente, quería informar a mi hermana de que había pasado algo rarísimo.

Al rato de aquello, salí a tomarme un buen litro de cerveza y comentar la jugada con mis amigos. La rutina, con sus vaivenes, había vuelto. O quizá nunca se marchó. La verdad es que por entonces los vaivenes ya se habían comido parte de nuestra vida.

Dieciséis años después, me resisto a pensar que aquello fuera una simple final de Eurocopa para nosotros. El partido importante, el que era casi imposible de ganar, lo perdimos treinta y nueve días después, aunque mi madre y yo ya nos habíamos despedido. Resulta paradójico que la vida demuestre que el fútbol es insustancial pero, al mismo tiempo, le deje ser mensajero de las cartas más importantes, las que más nos cuesta escribir. Las cartas que nunca llegan a leerse.